

La oportunidad de la crisis. Desafíos en las relaciones europeo-latinoamericanas

Carlos Alzamora

Carlos Alzamora: Embajador peruano. Fue Secretario Permanente del Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Actual Representante Permanente del Perú ante las Naciones Unidas.

*Las frustraciones de América Latina con respecto a Europa, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, son examinadas con excepcional franqueza en este trabajo. Su autor denuncia la peligrosa tesis de que Latinoamérica es el patio trasero de EE.UU., y reclama de Europa una sincera voluntad de vinculación y cooperación. Sostiene que así como ayer recibimos de ese continente el concepto de libertad ahora requerimos también de Europa el aporte de la justicia; ya que para consolidar nuestra democracia, entendida como distribución del poder político y económico, es necesario un indispensable correlato en el plano internacional. Afirma que la deuda es la expresión más aguda de la crisis global de nuestra relación y que para superar ésta es primordial un diálogo no declamatorio, de copas llenas y discursos vacíos, sino uno que conduzca a una nueva forma de contrato social internacional sustentado en una complementaridad efectiva entre ambas regiones.**

Hablar de los desafíos es también hablar de las oportunidades. Y dejar pasar la oportunidad puede ser la peor forma de no estar a la altura del desafío. Eso puede pasarnos a europeos y latinoamericanos, si no entendemos nuestros problemas, no advertimos nuestras coincidencias, y no aprovechamos en común beneficio nuestras potencialidades.

* Intervención ante el coloquio "Democracia y democratización: un diálogo entre Europa y América Latina", organizado por el Consejo de Europa y el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA) en Estrasburgo, del 3 al 5 de junio de 1986.

Nuestra coincidencia básica es la democracia. Pero el proceso moderno de la democratización en América Latina, como en Europa, pasa por los altibajos del último medio siglo. Y por ello, la responsabilidad que en el afianzamiento de la democracia latinoamericana corresponde a los latinoamericanos, y en la parte que les toca a los europeos, merece analizarse con un enfoque de esa perspectiva histórica para apreciar con nitidez y realismo sus proyecciones en los desafíos del futuro.

Hay que señalar ya un contraste determinante y aleccionador. Mientras el proceso de redemocratización europeo de la segunda posguerra se hace con el masivo apoyo del Plan Marshall, la condonación de las deudas a los Estados Unidos e incluso el aporte que a ese proceso de consolidación democrática en Europa prestó Latinoamérica con el congelamiento de los precios de las materias primas latinoamericanas, cuando no con donaciones masivas de alimentos, el resurgimiento democrático latinoamericano de hoy debe hacerse en tales condiciones de estrangulamiento económico, de desinversión extranjera, que América Latina ha transferido ya al Norte el equivalente neto de dos Planes Marshall.

Y si nos remontamos aún más en el tiempo, podemos recordar cómo el resurgimiento democrático europeo de la primera posguerra conllevó duros sacrificios a muchos pueblos que por su dureza han pasado a la historia, como en el caso del gobierno democrático alemán que en ese proceso debió dedicar a las reparaciones el 2.5 por ciento de su PNB, pero que hoy resultan pálidos al lado de los 5.6 y 7 por ciento de su PNB, que demanda el pago de la deuda a los gobiernos democráticos latinoamericanos. Y con un agravante, porque mientras a Alemania se le permitió pagar en productos, lo que expandió considerablemente sus exportaciones, a Latinoamérica se le exige un pago de divisas extranjeras, de las que sus exportaciones cada vez más restringidas son la única fuente.

Son dos actitudes opuestas, dos tratamientos distintos que no pueden dejar de producir resultados diferentes y que quienes, en ambos lados del Atlántico, queremos ver afianzada la democracia latinoamericana no podemos dejar de ver, de señalar y de advertir.

Pero retomemos nuestra perspectiva histórica, y volvamos atrás 50 años. Estamos en 1936. No es aventurado decir que entonces Latinoamérica y Europa se hallan tal vez más cerca que hoy. Son más intensos proporcionalmente los intercambios comercial, financiero, científico, tecnológico, cultural y aun el político, que la guerra civil española va a polarizar, pero que la Segunda Guerra Mundial va a definir en favor de la democracia. Pero esa guerra nos aleja, corta muchos nudos y destruye definitivamente muchos de los viejos puentes.

Un solo aspecto, el de la cooperación técnica en el plano militar, nos lo recuerda. En mi país, Perú, la misión de adiestramiento militar era francesa, la naval inglesa, la aeronáutica italiana y la policial española. Todas serían en su momento

sustituidas por misiones norteamericanas.

La Pax Americana va a imponer la supremacía de los Estados Unidos en todos los órdenes y ello va a resentir también la relación europeo-latinoamericana. La guerra fría congelará esa situación. Europeos y latinoamericanos resultamos vasallos de múltiples facetas de la vertiente norteamericana. Y la hegemonía bipolar amenaza con una situación irreversible. Pero el proceso de la integración y la unificación europea va a insurgir contra esa concepción fatalista.

Las grandes figuras que produce entonces Europa van a cambiar el curso de la historia y van a modelar poco a poco la Europa mancomunada de hoy.

En América Latina las grandes figuras surgen también, pero a destiempo. Los grandes líderes están solos en su tiempo; no tienen con quién concertarse. Se encuentran rodeados de personajes menudos, provinciales, conformistas, que no aciertan a entender ni menos encauzar las aspiraciones unionistas de sus pueblos. Los movimientos latinoamericanistas son así combatidos y proscritos. Los Estados Unidos los satanizan también. La calificación de "nacionalista" es para aquellos Estados Unidos de Foster Dulles tan condenatoria como la de comunista.

No somos el patio trasero de EEUU

América Latina no sólo saludó con entusiasmo el nacimiento de la Comunidad Europea, sino procuró incluso reeditarla. Importantes razones políticas y económicas justificaban ese entusiasmo: veíamos en la nascente entidad un elemento determinante para el emergente orden multipolar mundial que favorecía nuestra común vocación de autonomía, que alentaba la diversificación de relaciones económicas que reclamaba nuestro desarrollo y que nos ofrecía la oportunidad de aliviar dependencias históricas. En definitiva, saludamos la aparición de un nuevo e importante centro de decisión predominantemente económico, y que no parecía hacer temer intervenciones ni presiones políticas, económicas o militares.

Los años sesenta se dedican con ingenuidad a copiar fielmente el modelo integracionista europeo. Hasta los Estados Unidos parecen con Johnson preferir un mundo integrado latinoamericano, que dé estabilidad económica, social y política a la región, donde la revolución cubana ha encendido ya la primera luz de alerta.

Pero América Latina se verá entonces defraudada por primera vez por la Europa integrada a la que no parece interesar el apoyo político a la integración latinoamericana.

Empieza entonces a cuajar la peligrosa tesis de que América Latina es patio trasero de los Estados Unidos, tanto para deslindar responsabilidades como para afirmar sus propios patios. Yaoundé y Lomé son los hitos del itinerario de la nueva Europa en el Tercer Mundo. Aunque se da un pequeño apoyo al Grupo Andino porque se

le supone políticamente potable. Porque ahora eso es muy importante. La muerte de Franco, en cuyo antagonismo buscaban encontrarse los gobiernos conservadores o liberales europeos con sus oposiciones socialistas, los ha dejado sin juego. Lo reencontrarán en los otros dictadores, pero no todos: sólo los latinoamericanos. Los otros son del propio patio y no conviene tocarlos. E incluso, durante mucho tiempo, se procura no tocar a ninguno si hay operaciones comerciales y financieras importantes de por medio.

Este doble juego en el campo de los derechos humanos y las libertades y el calificativo de "patio trasero" irritan a los latinoamericanos, que lo saben injusto e interesado.

Al fin y al cabo, en América Latina la contestación con los Estados Unidos y el orden imperial ha sido mucho más erguida y rotunda: las revoluciones mexicana, brasileña, boliviana, guatemalteca, argentina, cubana, peruana, panameña y nicaragüense lo han escrito en ese orden en la historia. La capacidad de autonomía de América Latina y, en consecuencia, su calidad de interlocutor independiente, está probada en muchas ocasiones. Valga recordar una sola: cuando Jimmy Carter decreta el boicot contra la Olimpiada en Moscú, los europeos lo acatan con diversas fórmulas de compromiso, pero los latinoamericanos asisten todos. Y estos mismos días estamos viendo cómo las camisas de fuerza "made in USA" se colocan más fácilmente en el caso de Libia que en el de Nicaragua, donde América Latina sostiene tercamente la solución pacífica y latinoamericana de Contadora.

Una revisión esclarecedora y renovadora de la relación entre nuestras dos regiones, tiene, por ello, que aprender a entender los ritmos de maduración política en América Latina, y el del nacionalismo regionalista y unificador que los acompaña.

Copas llenas y discursos vacíos

Pero la necesidad de afirmar la autonomía, de diversificar para ello las relaciones económicas y comerciales se impone y Europa se convierte en el preferido socio comercial de América Latina. Pese a los propios europeos, que han hecho pagar a la región, con la reorientación interna y externa de su intercambio, el precio más alto que ninguna otra región ha pagado por la integración europea. Y, pese también al empecinamiento de mantener una política comercial de colosal egoísmo, que ha arruinado ya el azúcar como pilar de la exportación latinoamericana y que ahora desplaza, también con el mecanismo herético de los subsidios, la carne de América Latina hasta de sus seculares mercados en los países limítrofes, por mencionar sólo los casos más clamorosos.

La imposición del mercantilismo sobre otras consideraciones va provocando una, creciente desilusión en América Latina. Europa no ofrece opciones importantes. Y los nuevos líderes latinoamericanos, fervorosos en su voluntad de vinculación y cooperación, se desaniman, si no se abren pronto nuevos caminos. El ingreso de España ofrece la oportunidad de hacerlo. No como puente, que América Latina no

requiere. Pero sí como canal de comunicación y entendimiento.

La crisis de la relación comercial, expuesta así a tanta discriminación y tanto perjuicio para el interés latinoamericano, irá haciendo irreal el famoso diálogo de Bruselas, reducido al final a copas llenas y discursos vacíos. La crisis de las Malvinas hará trizas hasta las copas. La coalición militar política y económica entre Europa y Estados Unidos aparece en ese momento como una grave amenaza para la seguridad, la dignidad y la autodeterminación de América Latina, en un terreno tan delicada como el que, por encima de los preciosismos constitucionales, gira en torno a la preservación de un status colonial. Para América Latina, el viejo fantasma del intervencionismo se hace nueva realidad, pero bajo banderas distintas. Y Latinoamérica no está para intercambiar un intervencionismo por otro.

Lo que es indiscutible es que se actuó pensando que una América Latina desunida, sin órganos políticos de concertación soportaría inerte la humillación. Los efectos de ese error perduran hasta hoy. Y estamos aquí para tratar de repararlos, y para buscar nuevos caminos, hoy que la historia ha removido obstáculos y ha comenzado a cicatrizar heridas.

El más sólido elemento de sustento para ese ejercicio - y por ello este coloquio lo elige como base - es el vertiginoso proceso de democratización en América Latina. Hoy ya no hay pretextos políticos ni ideológicos. Con escasas excepciones, los dictadores están en los otros patios. Y los ideales políticos se aproximan y se identifican tal vez más que nunca en nuestras dos regiones, cualquiera que sean las etiquetas partidarias que les pongamos.

Requerimos de Europa el aporte de la justicia

Pero la democratización en América Latina requiere un enfoque regional. La historia nos prueba que las oleadas democráticas y sus correspondientes frustraciones se dan siempre a escala regional. No sobreviven los islotes democráticos en la marea autoritaria y represiva. En la consolidación de esa restauración democrática, Europa tiene una responsabilidad directa, amenazada como está en su esencia social la democracia latinoamericana por la deuda, el proteccionismo, el armamentismo, la intervención. En todos esos campos, Europa tiene un papel crucial que desempeñar.

América Latina recibió de Europa el concepto de libertad, a partir del cual forjó el largo y difícil camino de su independencia política. Hoy los latinoamericanos requerimos también de Europa el aporte de la justicia, que le es consustancial.

Porque la democracia, entendida como distribución justa del poder político y económico, reclama un correlato indispensable en el plano internacional, sin el cual su realización se trunca en el interno. Porque, para que impere la justicia entre los hombres, es preciso que impere también entre las naciones. Y porque el derecho humano más elemental y prioritario es el derecho a una vida digna, libre del

hambre, la ignorancia y la enfermedad. En el actual ordenamiento económico - que América Latina combate y Europa defiende - esas condiciones no están dadas y, por lo tanto, sería inconsecuente reclamar uno de esos valores sin otorgar el otro.

Y toca, por ello, a las fuerzas democráticas europeas aquí representadas reivindicar y mantener el compromiso político de que Europa esté a la cabeza y no a la zaga del movimiento por el logro de la democracia y la justicia social a nivel internacional, que reclama un nuevo y justo orden económico mundial.

Y no por idealismo ni filantropía, sino por realismo político y económico y por comunidad de objetivos. Porque Europa y América Latina están luchando por afirmar su propia identidad, por consolidar el control autónomo de su desarrollo, por definir su rol en la nueva división del trabajo, por participar con mayor voz en las decisiones económicas mundiales.

Ambas regiones se enfrentan a la nueva economía mundial que Estados Unidos y Japón, como potencias económicas dominantes, han impuesto. Su respectivo esfuerzo por corregir sus desequilibrios estructurales internos y redefinir su rol en las relaciones económicas internacionales se ve dificultado continuamente por la inestabilidad y los desajustes de la economía mundial, de los que son principales responsables precisamente Estados Unidos y Japón.

Ambas regiones estamos subsidiando la reactivación de la economía norteamericana y su revolución tecnológica, cuando no su objetivo político-militar. Esto parecía parte de una estrategia deliberada de Estados Unidos para imponerse en lo financiero aunque se perdiera en lo comercial. Pero, ahora que baja el dólar, y los intereses y se hacen competitivos los productos americanos, se perfila también en Washington el propósito de la victoria comercial.

En la definición del futuro, Europa y Latinoamérica son, así, socios forzosos. Aunque los problemas sean económicos, se trata fundamentalmente una agenda política, de dimensión nacional e internacional, y que corresponde al liderazgo político. Pero esto no se entiende aún en América Latina. Y, mientras hace años que los líderes europeos se reúnen regularmente para coordinar esa estrategia, los dirigentes latinoamericanos aún no logran adquirir la visión y la identidad como región que les permita pasar sobre los intereses menudos y hacerlo también.

Es doblemente penoso. Porque desperdiciamos nuestra propia capacidad y el potencial de acción conjunta que podríamos desarrollar en la escena internacional con Europa. Somos las dos regiones con mayor tradición de compromiso y vocación internacional, de mayor madurez diplomática, de mayor sentido de universalidad, de mayor visión de la integralidad de la problemática política y económica.

Pero quienes detentan hoy el liderazgo económico, Estados Unidos y Japón, son países con menos sensibilidad a la repercusión internacional de sus acciones

nacionales y con una visión más compartimentalizada del manejo económico mundial. Mientras europeos y latinoamericanos afirmamos la interacción de los diferentes elementos en la economía mundial, Estado Unidos prefiere tratar separadamente lo, temas del comercio, las finanzas, la deuda las inversiones y la macropolítica.

Resulta, por ello, contradictorio y decepcionante para los latinoamericanos ver a los europeos siempre en la trinchera opuesta de la negociación económica internacional, votando con Estados Unidos y Japón por el trato separado de los problemas, por la no reforma integral del sistema financiero internacional, por el mantenimiento del statu quo, por la evasión de toda negociación significativa sobre la deuda.

Y ésta es, a la vez, la amenaza más peligrosa para la democracia latinoamericana y el desafío más grave para la relación entre nuestras dos regiones. Alan García lo ha afirmado tajantemente: *La deuda externa no podrá ser satisfecha por ninguno de nuestros países, porque el esfuerzo de servirla puntualmente ahogaría en miseria y violencia nuestras democracias. La alternativa es entonces dramática: o deuda o democracia*, ha dicho el Presidente de Perú.

Porque la deuda es la expresión más aguda de la crisis global de nuestra relación y, en consecuencia, no se solucionará sin ampliar los términos de la negociación a sus aspectos sustantivos al problema de fondo que exige una reestructuración del comercio y las finanzas internacionales y la redefinición del rol de las instituciones respectivas y que, en último término, reclama lo que podríamos llamar una nueva forma de contrato social internacional entre los países desarrollados y los países en desarrollo, sustentado en una complementariedad efectiva y no declamatoria que resulte en una división del trabajo, con roles claramente percibidos por ambas partes.

Pero si esa negociación, ese acuerdo, no llega pronto, la salvación de la democracia latinoamericana no ofrecerá otro recurso que el de la acción unilateral, más radical, extrema mientras más se retrase el acuerdo.

Utilicemos, pues, esta crisis, este desafío como una oportunidad. Porque una vez más los intereses de Europa y América Latina aparentemente contrapuestos, se vuelven a encontrar. En esa redefinición de nuestros roles en el ámbito mundial, ambas regiones tienen que entenderse y coordinarse.

El problema es que no cuentan con foros para ello.

El diálogo de Bruselas nunca lo fue. Las reuniones de los parlamentos son políticamente muy valiosas pero requieren seguimiento ejecutivo y permanente. Este Coloquio es un modelo de lo que esos foros de encuentro debieran ser, por la alta calidad de participantes y la hondura e importancia de los temas elegidos.

Por su composición, el nuevo IRELA está de hecho, llamado a servir de foro permanente mientras no institucionalicemos formalmente nuestra relación interregional. Y estamos seguros que reúne las condiciones para imprimir al proceso el entendimiento europeo-latinoamericano la inspiración y la dinámica que requiere.

Un proceso que, en su hasta hoy larga y estéril búsqueda de un camino de entendimiento, dejó en claro que no existía una política hacia América Latina, como sí la había para otras regiones y que, en sus escasas expresiones de tipo coyuntural y espasmódico, no hubo aún ni una percepción de las realidades y potencialidades del presente, ni la previsión de un futuro que pudiera presentar características y demandas diferentes.

Y, en consecuencia, tenemos que corregir y rectificar esa perspectiva.

Debemos superar la amenaza de las hegemonías

Porque la actual situación no sirve a nadie ni llena ningún propósito, como no sea frustrar las grandes potencialidades de cooperación y complementación entre dos regiones, destinadas con un mínimo de visión y previsión políticas a reforzar recíprocamente sus objetivos básicos de autonomía y autodeterminación en un mundo siempre amenazado por la fatalidad del predominio bipolar.

América Latina ha alcanzado ya su propia identidad. Contadora es una reafirmación permanente de la voluntad de América Latina de autodeterminar su propio destino. Y América Latina, consciente de su madurez, demanda el reconocimiento de esa premisa básica que conlleva la aceptación de nuestra unidad en la diversidad y de nuestra realidad plural, y nuestro derecho a negociar de región a región.

No hacerlo conducirá inevitablemente al equívoco de que se intenta dividirnos y debilitarnos, porque nadie podrá sostener con seriedad que América Latina es menos homogénea que los diversos y heterogéneos grupos con los que Europa negocia y se asocia sin dificultad.

Este debe ser, pues, un ejercicio de sinceridades, de actos consecuentes, de pensamientos claros que nos den a todos un atisbo siquiera de la verdad de los demás, para que en comunidad de ideales podamos encontrar la verdad de todos.

Porque el más grande de los desafíos que enfrentamos europeos y latinoamericanos es la amenaza de las hegemonías a nuestra autonomía política y económica. Juntos podemos tal vez superarla. Separados nos vencerá. Pero antes derrotará a la democracia latinoamericana, cuya defensa y consolidación nos ha congegado en este foro acogedor y estimulante del Consejo de Europa.